





COLECCIÓN HISPANIOLA, 27

PORQUE LOS OTROS HABLAN EN MÍ

© De los textos, Carmen Grimau

© Confluencias, 2021

[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-122377-6-4

Depósito legal: AL 2934-2020

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

CARMEN  
GRIMAU

---

PORQUE  
LOS OTROS  
HABLAN  
EN MÍ

  
CONFLUENCIAS  
EDITORIAL



A los clandestinos españoles.





*El hombre digno de ser escuchado  
no es esclavo de las palabras*

Fénelon,  
*Carta a la Academia*



*Pitié pour nous Seigneur Tes derniers survivants  
Car Tu nous as donné ces morts en héritage  
Nous sommes devenus les pères de nos morts  
Pitié pour nous Seigneur pitoyables parâtres  
Qui avons engendré ces hommes dans la Mort*

Pierre Emmanuel  
Miserere, 1942

*Apíadate Señor de nosotros Tus últimos supervivientes  
Ya que Tú nos has dado a estos muertos como herencia  
Nos hemos convertido en los padres de nuestros muertos  
Apíadate Señor de nosotros, lastimosos padrastrós  
Que hemos engendrado a estos hombres en la Muerte.*

Pierre Emmanuel  
Miserere, 1942



PRIMERA  
PARTE



## I

*Puedes hacer conmigo lo que quieras.*<sup>1</sup>

Con estas palabras, Arlova ponía un cierre al cansancio de su vida. Un cierre dócil y oscuro, que no hablaba de fracaso, ni de desilusión, que tampoco era resentimiento, ni siquiera odio, sino simplemente alivio en su entrega definitiva. Arlova, sencillamente bajaba los brazos, rendida, y su voluntad de ser se esfumó.

Ella no era ella, nunca, a fuerza de infiltrarse en los otros, de inocularse en las palabras de otros que escribían y que la hacían ser otra, porque los otros hablaban en ella. Y ahora tampoco reconocía como suyos los primeros anhelos que la hicieron permanecer día tras día en la Casa Oficial de Traductores de Moscú.

No, no soy yo, es otra la que sufre, solía murmurar como en un rezo ahogado, entre dientes. Ella no era ella, nunca, ahora que ni tan siquiera vivía instalada en la comodidad de sus propias palabras. Devota de

---

<sup>1</sup> Arthur Koestler: *El cero y el infinito*.

implacables obediencias dentro de un manicomio intelectual donde termina hoy su vida. Se sentía ya un ínfimo residuo de una voz sin custodia.

Presa de una devastación interior, no desea nada, ni siquiera morir.

*Puedes hacer conmigo lo que quieras.*

Abría las manos al abandono y a la sumisión voluntaria de todo su cuerpo porque la lógica del mundo en el que el azar la hizo nacer, así lo exigía. Sabía, sin embargo, que su gesto de renuncia nada significaba. Para nadie. Ni siquiera para sus camaradas, que se encargaban de medir el tiempo de su resistencia desde un observatorio de desguace humano. Bajaba los brazos al sufrimiento inútil, se despedía de un mundo despiadado en el que algún día creyó. Y para el cual escribió en la pequeña sección de la Komintern. Se despedía de un mundo que ya no reconocía como suyo, de un tiempo súbitamente huérfano de compasión. No quería ser recordada, además, ¿quién lo haría?

Su dolor le pertenecía. Su desposesión también. Dominaba la muerte de su cuerpo amorfo, susurrando en sus adentros súplicas leídas, simples palabras que otros, en otros tiempos, en otras agonías, escribieron y que ahora son suyas. Su futuro había sido condenado a muerte sin apelación, y su presente no era sino una sucesión de pequeñas tretas perversas para alargar el envilecimiento. Lo veía todo con tanta claridad que su garganta se llenó de arcadas y sollozos intermitentes mientras mantenía su cuerpo erguido con sus zapatos de tacón de aguja.



Nadie, nunca, nadie volvía a tener un nombre. Ni siquiera ella, que un día se llamó Arlova. Arlova, la de los zapatos de tacón de aguja, Arlova la de las piernas largas, Arlova la de los tobillos esbeltos. Sus ojos guardaban en este tránsito de extremo desasimiento el brillo de París. Los hombres rudos, generosos, con los que trabajó en Francia en 1934 desfilaban de un despacho a otro con rostros amoratados. Su instintiva inteligencia les fue borrada con una simple firma de adhesión. Eran los muertos necesarios, pero aún debían entregar mucho más. Mucho más. Mucho más tiempo para merecer la muerte verdadera.

Arlova notaba, sin embargo, que en ellos subsistía una imperceptible tensión anudada al cuerpo, una ínfima luz de discernimiento que aún parpadeaba. ¡Seguían esperanzados!

Ella ya había renunciado al nervio de la vida.

*Señor, puede hacer conmigo lo que quiera*<sup>2</sup>

Ya era tarde para ellos. Para ella también, aunque de forma diferente. Arlova supo poner palabras a lo que había conseguido entrever en su viaje a París en febrero de 1934. Y con esas palabras, se hacía dueña de su propia muerte. Nadie se la arrebataría. Aceptaba, en su queda sumisión, el error primero. Comprendió que la mentira en la que había vivido hasta ahora no venía de fuera. Estuvo siempre en ella y ella la repetía entre las paredes de la Casa Oficial de Traductores, la traducía a todas las lenguas y la veneraba cada día más

---

2 Fénelon: *Obras espirituales*.

irreflexivamente. Culpable de idolatría. Entonces ya no dispuso de su vida, quedó en manos de otros. Pero su voluntad de muerte le pertenecería a ella sola, como permanecía obsesivamente en sus oídos la resonancia de sus tacones de aguja al pisar los adoquines bruñidos de París junto a un joven llamado Leonard. Ahora espera su turno en completa postración y recuerda el mohín melancólico de los creyentes de su infancia que acariciaban la idea de un perdón incierto frente al altar de la catedral de Santiago de Riga. Ella había aprendido a rezar a golpes de lecturas. Sus camaradas, sin embargo, se aferraban al credo de los últimos racionalistas. Sus gargantas emitían sonidos apenas articulados de viejas profecías políticas y éstas morían antes de salir, al estallar las palabras en sus adentros.

Arlova estaba atrapada en un imaginario panóptico. Sus ojos se acostumbraron rápidamente a una arquitectura limpia y despiadada, formada por corredores sin puertas, ni ventanas, unidos tan sólo por una continuidad lumínica extraordinariamente potente. Apresada en uno de los brazos de una estrella luminosa. Bajo la bóveda central feamente rebajada por un falso techo, el agente Chivarov, con la aplicada caligrafía de un copista catedralicio, pasaba a limpio la lista de los traidores.

Pero sí, no podía engañarse, en ella también, quedaba anclada, en la parte más irritable de su memoria, una imagen única, sí, allí quedaba en ella como un resto de voluntad, la sensación táctil entre sus dedos del lote de postales atadas con una goma negra, sí, allí, en las yemas acaloradas de sus dedos, permanecía todavía su apego a la vida.

Por encima de cualquier rostro amado, de cualquier mano acercándose a ella, por encima de todo consuelo, por encima de todo, Arlova se aferraba, en el mareo previo a su renuncia, al recuerdo de las postales, ausentes ya de sus manos, aquéllas que Leonard había empezado a mandarle cuando ella regresó a Moscú en el verano del 34. Sí, la alegría era posible. Sí, cometió imprudencias, pero éstas, lo piensa ahora, tan sólo fueron dulces juegos de amor, travesuras de adultos. Ahora sabe que esta felicidad marcaría su caída al regresar a la Casa Oficial de Traductores.

Le gustaba Leonard, el joven de las palabras tan sueltas y osadas que hacían que las pequeñas manchas de tinta salpicada de su estilográfica parecieran querer transmitirle a ella, tan lejos ya de él, que la imperfección era un don, que ella y él lo poseyeron. Que la plenitud y el deseo rápido...

Acaso los detalles importan.

Arlova sospechaba que allí, junto a él, el cuerpo suyo, que ahora no era nada, menos que nada, se desvanecería, como sucedió una vez en la luminosa y sosegada tarde en París, confundiendo con otros cuerpos, los cuerpos de la gente libre... libre. Es ella, ahora, la imagen desdibujada evaporándose en la sonrisa apenas esbozada de la virgen gótica de Notre Dame. Es ella, ahora, la que sonrío.

Leonard siguió escribiendo, durante casi dos años, la misma postal, para que no se distrajera, para que pudiera grabar en su cerebro la fuerza benefactora que emanaba de ese pequeño territorio de cartón en

el que la languidez y la dulzura de la vida parecía real. Sí, debía de existir el amparo, un recodo donde la maldad se alejase por momentos de los hombres, dejándoles una tregua. *Un instant de sursis*.

Siempre la misma postal, nunca las mismas palabras. Siempre Notre Dame con la misma luz veraniega que falsea tanto la ciudad. Que falsea tanto esa ciudad. Las uñas de Arlova arañaron en el aire sus deseos evaporados.

No olvido, no puedo olvidar. Pero sé que la vida puede irse sin por ello morir. Simplemente:

*El mundo se escapa cual sombra engañosa.*<sup>3</sup>

Arlova cruza el pasillo con sus tacones de aguja y tropieza y la llevan en volandas, luego arrastrada, y ella se resiste, porque quiere seguir oyendo el ruido de sus tacones de aguja, porque es lo único que le queda de su yo: sus zapatos de charol. Alguien, tal vez, convierta el eco de sus atropellados taconeos en palabras.

*¿Vivir, morir? Nada me importa.*<sup>4</sup>

Ella creía en eso, en el legado fragmentado, y a la vez sagrado, de las palabras de unos seres que en otros siglos fueron vencidos y cuyas sílabas ahora le llegan a ella llenas de fuerza. Por una incierta trayectoria. Ella creía en eso, en la resurrección de las viejas memorias confinadas en los libros. En su cabeza ya no cabía nadie, escupe ya sin temor nombres queridos, queridos,

---

3 Fénelon: *Cartas y opúsculos*.

4 Fénelon: *Obras espirituales*.

para liberarlos a todos ellos, del oscuro trayecto que le condujo hasta aquí. Hasta esta tumba de luz. Sí, quería a Leonard, a ese joven de cuerpo voluminoso y sonoras risotadas y de marcado desenfado.